

Cultura y Ocio

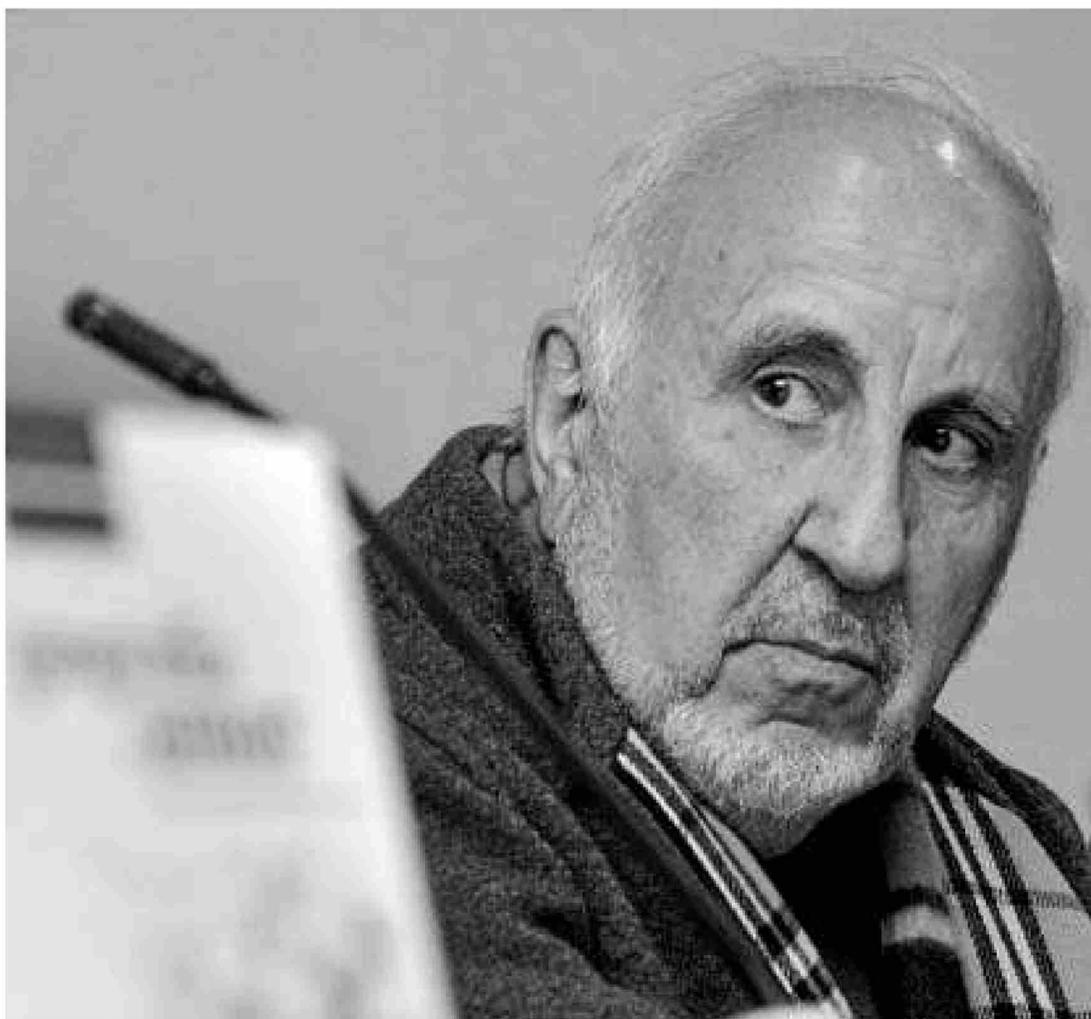
Fallece el poeta Juan Delgado López, autor de una extensa y sólida obra

Miembro de la Academia Iberoamericana de la Rábida fue enterrado en el cementerio de Riotinto, de donde era hijo adoptivo • El rector de la Universidad de Huelva lamentó la pérdida del escritor

E.J.S. / HUELVA

El poeta Juan Delgado López falleció ayer en Riotinto tras una larga enfermedad. Hasta allí se trasladaron escritores y amigos del poeta. Acudió al sepelio el rector de la Universidad de Huelva, Francisco Martínez, así como los miembros de la Academia Iberoamericana de la Rábida, a la que pertenecía, los también escritores José Manuel de Lara y Manuel Sánchez Tello; también acudió José María Franco con el que hizo su libro *Geografía y amor*, así como Antonio García Correa, del que realizó su biografía. En el cementerio, fue el escritor Paco Huelva quien pidió un aplauso para el poeta, mientras que Antonio Garnica, sacerdote y amigo de Juan Delgado, dirigió unas palabras sobre la amistad.

Juan Delgado López nació en Campofrío en 1933. Allí fue donde pasó parte de su infancia y a donde, ha vuelto una y otra vez en sus escritos. Con once años, tras una infancia presidida por la Guerra Civil, su familia se marchó hacia Minas de Riotinto, lugar donde ha fallecido a la edad de 76 años y donde vio fraguarse su vocación y destino literario, y donde se le honró con el título de hijo adoptivo. La obra de Juan Delgado



Juan Delgado, en la presentación de su último libro 'Geografía y amor'.

H. INFORMACIÓN

do López ha obtenido no pocos premios y distinciones, tanto dentro como fuera del país. De ella cabe decir que es tan extensa como sólida y reconocida, con títulos como *Por la imposible senda de tu boca* (Sevilla, 1971), *El cedazo* (Madrid, 1973), *Oficio de vivir* (Sevilla, 1975), *De cuevas y silencios* (Algeciras, 1988) recogidos todos en *Antología amarilla* (Valparaíso, Chile, 1993 y México DF, 1994). Con posterioridad ha publicado *Sonetos vegetales* (Badajoz, 1996), *Seis sonetos para un mismo amor* (Málaga, 1998), *Tiranía del viento* (Algeciras, 1999), *Cancionero del Tinto* (Sevilla, 2006), o *Habitante del Bosque* (Huelva, 2007).

Memoria, esencialidad y compromiso ético son los pilares sobre los que se asienta la obra de este poeta necesario, que siempre se alza desde la emoción y desde la honda y a veces desolada mirada del mundo, mediante una voz original en la que se entreveran el amargor existencial y la ternura, sostenidos ambos sobre la fértil matriz de la memoria. Juan Delgado era junto con Francisco Garfías y José Manuel de Lara, el gran poeta vivo de Huelva. El pasado mes de enero el Centro Andaluz de las Letras le rindió un homenaje en la Biblioteca de Huelva.

TRIBUNA

Juan Delgado, poeta

Manuel Moya



JUAN Delgado. Juan Delgado. Las palabras retumban en mi boca, de pronto se vuelven amargas, biliosas, extrañas, se resquebrajan como la madera de esos castaños que él tanto amaba. Juan Delgado. Amigo Juan Delgado. Poeta. Amigo. Habitante del bosque y de la mina, de la dignidad y la palabra, pero sobre todo, amigo. Me cuesta seguir, como me cuesta respirar en esta noche densa, en las que hasta las campanas del pueblo, se vuelven más secas y más hondas, desnudando la noche. Recuerda, me digo, Juan

Delgado. El amigo, el poeta, el poeta amigo. El amigo poeta. El habitante de todos. El viejo capaz de nuestra poesía más nuestra. El poeta de El Cedazo y de Cuevas y silencios.

Aún resuena en mis ojos el homenaje que el 20 de febrero le hicimos en la Biblioteca Pública de Huelva, con una sala llena a rebosar, rendida, donde la emoción podía aserrarse como se asierra un tronco de castaño o un trozo de pirita. Aún recuerdo sus palabras hondas y dolientes, sus excusas, sus ruegos, sus rotundas afirmaciones de hombre de bien, de poeta de bien, de poeta grande y sólo como un niño ante el dolor y la incertidumbre de una vida que para entonces ya se le estaba royendo las entrañas. Allí estaba Juan, con su voz cansada, con sus ojos cuajados por

una secreta tristeza, entre Manolo Garrido y Paco Huelva. Juan Delgado, amigo. El poeta de los cancioneros, el que hizo suyo el oficio de vivir, el que cantó a las begonias y al olivo desde esa inmanencia suya, heredada de su Juan Ramón y de su madre, el que denunció la explotación, la miseria de una guerra y una posguerra inmoral... el poeta. Afuera está lloviendo. Oigo la lluvia que tú ya no puedes oír, poeta de los ríos y las grutas. Poeta del viento y poeta de la piedra. Todos hemos llegado demasiado tarde a tus palabras, a tu significación y a tu sitio. Unos por desconocimiento, otros por descuido, otros por dejadez, por corteza de miras. No hay excusas. No hemos llegado a tiempo. Él me pidió, nos pidió ver sus obras recogidas antes de que lo revolera

el amargo toro de la muerte y no ha podido ser. Ya digo, no hay excusas. Llueve, se aprieta la lluvia a la oscuridad, esta oscuridad que el amigo Juan Delgado, el poeta Juan Delgado ya no podrá ver, desde esa calle suya, la Cervantes, desde esos pueblos suyos, Campofrío y Riotinto, desde esos paisajes que en él fueron alma y tierra, como su poesía. Exactamente como su poesía.

Me ha tocado escribir muchas páginas sobre Juan Delgado, me ha tocado entrar en sus vértebras, palpar cada uno de sus cartílagos y ahora, ahora me siento vacío, confuso, balbuciente. Esas páginas esperan en mi cajón, como esperan sus libros a pacientes lectores. No nos dio tiempo, amigo. No nos dio tiempo, poeta. Malos tiempos para la lírica, se excusarán algunos, pero no hay

excusas. Hace tres días me urgía el propio Juan: aunque sea en papel barato, Manuel, en papel de estraza, aunque sea, aunque sea... Pero ni aún así, nos ha dado tiempo. Vivía demasiado lejos de los fotógrafos, vivía demasiado lejos de nuestros agentes culturales y/o políticos, los que hoy, ligeramente condolidos, preguntarán quién era, dirán alguna cosa, derramarán lágrimas de cocodrilo en sus despachos. No hay excusas. No tenemos excusas. Ha muerto un poeta. Un señor de la vida y de la poesía, al que no le hemos sabido dar ese último consuelo. Nadie está a la altura de los poetas de altura. Qué se le va a hacer. Él ya cumplió con lo suyo. Seamos nosotros los que aun a destiempo cumplamos con lo nuestro, amigo poeta, poeta amigo.